

Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio

Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea

BLOCK

Jorge Francisco Liernur
Graciela Silvestri
Franco Rella
Noemí Adagio
Gustavo Vallejo
Anahi Ballent
Alejandro Crispiani
Ana María Rigotti
Adrián Gorelik
Nelson Brissac Peixoto
Carlos Rabinovich
Michael Hays

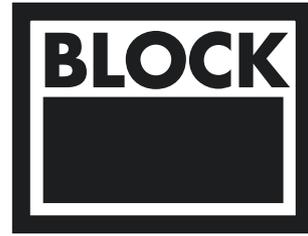
BELLEZA

Número 1,
agosto de 1997



Universidad Torcuato Di Tella

BLOCK



**Revista de cultura de
la arquitectura, la ciudad
y el territorio**

**Centro de Estudios
de Arquitectura Contemporánea**



Universidad Torcuato Di Tella

Universidad Torcuato Di Tella
Rector: Dr. Gerardo della Paolera

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea
Director: Arq. Jorge F. Liernur
Vicedirector: Arq. Mario Goldman

Block

Director

Jorge F. Liernur
Universidad Torcuato Di Tella
Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Comité de redacción

Noemí Adaggio
Universidad Nacional de Rosario

Fernando Aliata
Universidad Nacional de La Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Luis Arroyo
Universidad Nacional del Litoral

Anahi Ballent
Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Fernando Caccopardo
Universidad Nacional de Mar del Plata
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Adriana Collado
Universidad Nacional del Litoral

Alejandro Crispiani
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de La Plata

Silvia Dócola
Universidad Nacional de Rosario

Eduardo Gentile
Universidad Nacional de La Plata

Adrián Gorelik
Universidad Nacional de Quilmes

Luis Müller
Universidad Nacional del Litoral

Silvia Pampinella
Universidad Nacional de Rosario

Ana María Rigotti
Universidad Nacional de Rosario

Javier Saez
Universidad Nacional de Mar del Plata

Graciela Silvestri
Universidad de Buenos Aires
Universidad de Palermo

Graciela Zuppa
Universidad Nacional de Mar del Plata

Editores del número 1

Graciela Silvestri
Jorge F. Liernur

Secretario de redacción

Alejandro Crispiani

Diseño

Gustavo Pedroza

Permitida la reproducción parcial o total del material que aquí se publica, previa autorización expresa de la Dirección.

Universidad Torcuato Di Tella
Miñones 2159/77, (1428) Buenos Aires
Argentina
Tel. 784 0080, 783 8654 (CEAC)
Fax 784 0087

Indice



BLOCK, número 1, agosto de 1997

	Introducción	7
	Belleza	9
Jorge Francisco Liernur	Arquitectura y ciudad: ¿para qué la belleza?	11
Graciela Silvestri	Velos. Belleza natural, forma moderna y paisaje	18
Franco Rella	El enigma de la belleza: una mirada ulterior	30
Noemí Adagio	«¡Hay que salvar a la arquitectura que se hizo atea!»	34
Gustavo Vallejo	La belleza en la universidad	43
Anahi Ballent	El kitsch inolvidable: imágenes en torno a Eva Perón	54
Alejandro Crispiani	Belleza e invención	61
Ana María Rigotti	«La eterna lucha entre lo bello y lo útil»	71
Adrián Gorelik	La belleza de la patria	83
Nelson Brissac Peixoto	Intervenciones a gran escala	101
Carlos Rabinovich	Una arquitectura silenciosa. Diener & Diener Architekten, Basilea	106
Michael Hays	Odiseo y los remeros, o nuevamente la abstracción de Mies	115
	Actividades 1997 del Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea	124

Arielismo y reforma en la década del 20¹

Las ideas gestadas en el seno de la universidad constituyen una rica fuente para la indagación de problemas culturales, dando cuenta, en buena medida, del estado de la sociedad en la que esta institución se halla inmersa y de la manera en que, asumiendo muchas veces un rol iluminista, los máximos responsables del saber universitario han buscado por diversos medios articular sus conocimientos con el poder para transformarla. Esta actitud se hizo particularmente notoria en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) durante la década del 20, cuando, signada por una muy densa coyuntura política, social, cultural e institucional, quedaron claramente explícitos los deseos de una elite intelectual de elevar a la sociedad por medio del ideal de belleza que propugnaba.

En efecto, la idea de belleza excedía las consideraciones que podían realizarse únicamente desde un plano artístico para formar parte de una profunda cuestión ideológica, sobre todo desde que el *Ariel* (1900) de Rodó la distinguiera de la idea de verdad, el otro componente de la platónica eticidad sustancial, asociando aquélla a la raza latina y ésta a la anglosajona, en una dicotomía de la que se deducía que «el culto de lo bello» constituía para «nuestra» raza un instrumento de liberación de la opresión imperialista.

La instalación en la UNLP de la belleza como una cuestión ideológica, estuvo fuertemente ligada a la irrupción del movimiento reformista y a la consolidación en el plano cultural de la línea de pensamiento idealista que lo acompañaba, desde donde se rechazaba el utilitarismo norteamericano al tiempo que era propugnada la subordinación de toda forma de progreso material a un integral desarrollo humanístico. Esta perspectiva idealista, fue la que provocó la primera gran redefinición del perfil académico de la positivista universidad que en 1905 fundara Joaquín V. González con la intención de extender los alcances del profesionalismo emergente del «modelo napoleónico» a través de la asimilación del cientificista modelo universitario inglés.

De este modo, aún cuando experimentara en el período de entreguerras una revaloración internacional, el idealismo filosófico adquirió particularidades locales en las recepciones que tuvo en nuestras universidades y especialmente dentro de la UNLP, las que se pusieron de manifiesto también en las ideas que indujeron a elaborar significativas propuestas arquitectónicas. Vale decir que es en el cruce de la producción cultural local con la recepción de

este discurso, que comenzó a circular de manera intensa por una red de ciudades hispanoamericanas extendida básicamente hasta donde podían llegar las ediciones en idioma español, donde se hallan las acciones dirigidas en la UNLP a ampliar la formación humanística de sus alumnos, introduciendo cursos de cultura artística y creando nuevos institutos como el Teatro Griego y la Escuela Superior de Bellas Artes con sus respectivos proyectos, con los que se buscaba dar materialidad a la idea de belleza propugnada desde el plano discursivo.

Estas acciones, conformadoras de un proyecto de universidad de impronta idealista, fueron impulsadas por Benito Nazar Anchorena desde que asumiera la presidencia de la UNLP en 1921. Para ello resultó decisiva la colaboración prestada por los reformistas platenses, quienes ignoraban al hacerlo que daría comienzo una etapa que, además de caracterizarse por los intentos de colocarla en un puesto de vanguardia entre las universidades nacionales y latinoamericanas en materia de cultura artística, estaría signada por la progresiva eliminación de sus propias conquistas. En efecto, se trata de una etapa en la que los estatutos reformados fueron «contrarreformados», clausurándose por un tiempo en La Plata lo que, tras el inicial triunfo de la lucha estudiantil, fue tan sólo un efímero momento de apogeo reformista.

La inicial aceptación con que los reformistas recibieron a esa figura, refleja su desvío en la atención de los aspectos políticos, tras haber alcanzado el objetivo de reformar los estatutos, para dirigirlos a los filosóficos, desde donde emprendieron una obstinada cruzada idealista –que paradójicamente halló gran afinidad con el discurso de Nazar Anchorena– de la que se deducía que su principal enemigo más que los «reaccionarios» (antirreformistas) eran los positivistas. De este modo, más allá de los fuertes distanciamientos políticos, el idealismo y la búsqueda de la belleza por él perseguida, sobrevolaban el horizonte de unos y otros alimentando los contenidos culturales de una universidad dominada por directrices filosóficas a las que adherían ambos sectores, y que se dirigían a reemplazar al más ortodoxo positivismo cientificista del período fundacional de la UNLP por un nuevo humanismo revalorizador de la cultura helénica y la hispanoamericana.

Clasicismo e hispanoamericanismo

Las repercusiones de la crisis de la Europa de posguerra tuvieron una decisiva incidencia en la generalizada condena desatada en ámbitos académicos al positivismo, responsabilizado de haber conducido el saber hacia su deshumanización. Esta condena, que no tardó en alcanzar también al modelo de universidad gonzaliana, ponía de manifiesto la desintegración de los paradigmas culturales que siempre habían sido extraídos de Europa, y en el caso de la UNLP, particularmente de las universidades inglesas.

Dentro de la crítica situación por la que pasaba lo que había sido el epicentro de la civilización universal, el rechazo a la verdad experimental del positivismo científico acompañado del propósito de refugiarse en una arcádica idea de belleza mirando al pasado helénico e hispanoamericano, pasó a ser la más notoria estrategia de recomposición de los resquebrajados paradigmas, gestada por destacados intelectuales latinoamericanos. Es decir que, para ellos, el ejemplo que debía tomarse de Europa no se hallaba ya en su desventurado presente, del que parecía no poder extraerse otra cosa más que muerte y destrucción, sino en el pasado. En una mítica «edad dorada» resumida en los valores del clasicismo, especialmente los originados en Grecia que perduraban en los restos aún en pie de sus edificios, en sus reconstrucciones arqueológicas y en las reelaboraciones del idealismo platónico que se sucedieron a partir de la *Crítica a la razón pura* de Kant.

El paradigma helenista comenzó a regir el pensamiento atemporal de universitarios extasiados en un imaginario «jardín de *Akademos*» que vieron recreado en La Plata. Incluso el ambiente en el que se desarrollaba la UNLP, con edificios de esa explícita ascendencia como su Museo de Ciencias Naturales, y en el *campus* de su Colegio Nacional, el Laboratorio de Física y el Gimnasio –modesto émulo del Partenón–, todos ellos diseminados en el bucólico paisaje que ofrecía un frondoso bosque de eucaliptus y robles, parecía constituir el mejor estímulo al «ocio sagrado» de los griegos. Precisamente ese ambiente sirvió de marco para que se desarrollara la «Universidad Popular Integralista», institución creada en 1918 con el propósito de fomentar la educación integral del pueblo por el arte, el pensamiento y la cultura física² que, después de organizar conferencias en distintos salones, se trasladó al Bosque para dictar en las inmediaciones del plácido lago y en las amplias escalinatas del Museo, sus cursos al aire libre como lo hacía Sócrates en la plaza ateniense. Era éste un ambiente que no se veía aún contaminado por la «irreflexiva» vida moderna, generadora de las metrópolis enormes y opresivas en las que Héctor Ripa Alberdi no advertía más que «el estruendo de los hombres que luchan contra los hombres»³, y que a diferencia de Buenos Aires donde «lo mercantil aplastaba los espíritus sensi-

bles»⁴, aparecía en la década del 20 como un refugio de la filosofía, la poesía y el teatro.

En consecuencia, la necesidad de encontrar en el pasado los valores «integrales» socavados por la «brutalidad» del presente europeo, el «idealismo juvenilista» impulsor de la reforma universitaria, y las características del ambiente local, constituyeron factores concurrentes que, sumados a la presencia de notables estudiosos de la cultura greco-latina, propiciaron la revaloración de un ideal clásico de belleza que signó la orientación de la UNLP durante toda la década. Esto último también se evidenció en las páginas de las distintas revistas literarias creadas por los reformistas platenses, como *Valoraciones* (1923-28), *Sagitario* (1925-27), *Estudiantina* (1925-27) y *Don Segundo Sombra* (1928-29), que junto a otras publicaciones de centros de estudiantes, constituyeron los articuladores culturales de grupos juveniles que unían su predilección por la lectura reflexiva de los autores clásicos y la crítica al positivismo, con el compromiso político activo defendiendo los postulados reformistas. Precisamente Ripa Alberdi, uno de los más destacados impulsores de la reforma universitaria en La Plata, representa el más acabado ejemplo de la articulación de aquellos propósitos políticos y culturales por los que, al morir a los 26 años, se lo homenajeó bajo la consigna de «poeta y luchador». Creador de la revista *Valoraciones*, Ripa compartía la lectura de autores clásicos con su maestro, el prestigioso helenista Arturo Marasso Rocca, al tiempo que presidía la Federación Universitaria Argentina, en cuya representación encabezó en 1921 la delegación argentina que concurrió al primer Congreso Internacional de Estudiantes realizado en México.

Entre las modernas reencarnaciones de Próspero en torno a las cuales estos jóvenes se formaban, además de Marasso, ocupaba un papel preponderante Ezequiel Martínez Estrada, a quien los alumnos del Colegio Nacional de la UNLP llegaron a llamar «Patroclo» por sus clases en las que leía *La Iliada* de Homero y se entusiasmaba hablando del fiel y esforzado amigo de Aquiles. Pero fundamentalmente, el maestro que mayor predicamento tuvo entre los reformistas platenses fue sin duda el filósofo Alejandro Korn, quien rodeado siempre de discípulos, parecía no poder abandonar, siquiera en su vida privada, el rodoniano principio de que recrear un día de la vida pública del Atica era mejor programa que cualquiera de los que podían ser inculcados en los modernos centros de instrucción. En ese sentido, tanto en las clases como en las acciones cotidianas de Marasso, de Martínez Estrada y especialmente de Korn –quien aún en su lecho de muerte nucleó socráticamente a sus discípulos–, parecían resonar constantemente los consejos prometeicos de *Ariel*.

Por la amplia influencia ejercida, no sólo en estos profesores de la UNLP, vale la pena recordar las circunstancias que rodearon el nacimiento de *Ariel*, en especial la reacción que en círculos intelectuales latinoamericanos provocó la invasión militar de Estados Unidos a Cuba en 1898, instalando en todo el continente una nueva hipótesis de conflicto que con mayor o menor intensidad se mantendría en forma inalterable a lo largo de todo el siglo XX. En esta reacción que, al amparo de un ideal de belleza simbolizado por la estatua de «Ariel», buscaba dar con una cultura lo suficientemente fuerte como para oponerse al amenazante «utilitarismo anglosajón», representado por el sensual y torpe «Calibán», se articulaba ese humanismo clásico en el que se identificaba el momento culminante de la civilización occidental, con una recuperación de la cultura hispana que ponía de manifiesto el acercamiento de intelectuales latinoamericanos a sus pares de la generación del '98.

Si bien esta consideración de los Estados Unidos como una amenaza imperialista continental estuvo siempre latente, la influencia del discurso arielista se intensificó recién al promediar la década de 1910 y se profundizó en la década siguiente, cuando en la devastadora guerra europea fue visto reaparecer el calibanesco «utilitarismo anglosajón» que antes había invadido Cuba. En la década del 20 se asistió entonces a la inusitada difusión de este discurso, que además de ofrecer la salida hacia el humanismo clásico, propiciaba ante la desintegración del paradigma europeo por efectos de «Calibán», la búsqueda de otro en el interior de «nosotros» mismos que lo reemplazara, en una introspectiva mirada que apuntaba a recuperar la cultura indígena y la que fuera traída a América por la colonización española.

Este clima de ideas revertía por completo la anterior fobia a España que había dominado a la UNLP por influjo de González y especialmente del cofundador, Agustín Alvarez, quien responsabilizaba a esa nación de haber introducido en América la superstición y el dogmatismo religioso que él combatía desde la verdad de la ciencia experimental. De este modo, la generalizada revaloración de la cultura hispana llevaba a Ricardo Levene, decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, a cuestionar desde su cátedra todo cuanto se había escrito sobre historia argentina por carecer de fundamentos sólidos, los que según él debían buscarse, como no se había hecho antes, en la colonia y en España. Precisamente una de las consignas de la «Nueva Escuela Histórica Argentina» que Levene creó con Rómulo Carbia y Emilio Ravignani, dando origen en Buenos Aires al Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, era no despreciar los aportes coloniales para el estudio y la comprensión de lo argentino y de lo americano, propugnando «volver con simpatía

los ojos a España, en vez de seguir maldiciéndola por sus errores»⁵.

La confluencia de las líneas de pensamiento clásica e hispanoamericana, unidas al fuerte sentimiento de antiimperialismo que emanaba del *Ariel*, tuvieron entre sus propagadores en el medio local a Pedro Henríquez Ureña. Oriundo de la República Dominicana –país que también sufrió a principios de siglo la invasión militar de Estados Unidos–, emigró luego a México donde tuvo un gran predicamento, incluso en las máximas autoridades de ese país, especialmente en el progresista ministro de Educación José Vasconcelos. En 1921, en el citado Congreso de Estudiantes, Henríquez Ureña recibió a los reformistas platenses cimentándose una relación –principalmente con Ripa Alberdi quien para su regocijo se expresaba en español diáfano e invocaba a Platón– que se intensificaría a partir de 1923 cuando decidió radicarse en La Plata. Contribuyó a esto último la visita de 1922 a la Argentina, acompañando en misión oficial a Vasconcelos para acudir al traspaso del mando presidencial de Yrigoyen a Alvear, que le permitió también conocer La Plata y descubrir gratamente en esa ciudad un «ambiente mexicano» que advertía en «las estampas de edificios coloniales»⁶. Precisamente, Henríquez Ureña eligió para vivir en La Plata un departamento del primer gran edificio que a comienzos de la década del 20 fue allí resuelto en ese estilo, como lo era la casa de renta ubicada en Avenida 7 y 51, pronto convertido en un paradigma que alentó el surgimiento de otras emblemáticas manifestaciones de la arquitectura «neocolonial» en esquinas próximas a aquella: la casa Belou –Avenida 53 y 6, ingeniero Antonio U. Vilar–, la casa de España –calle 54 y 6, ingenieros Vilar y Urritia– y lo que hoy es la casa del Vicegobernador –Avenida 51 y 10. Si bien la incidencia en la edificación local de las obras de este estilo nunca llegó a ser cuantitativamente importante, podría decirse que, como lo notó Henríquez Ureña, no pasaban desapercibidas, destacándose entre la homogeneidad de una ciudad que para entonces exhibía en su centro la imagen que más se aproximaba a la urbanística haussmanniana, en la que se habían basado sus fundadores para dictar sus primeras normas de edificación cuarenta años atrás.

Esa preferencia estética de Henríquez Ureña formaba parte de su arielista interpretación de la realidad que, atribuyendo la guerra europea y la prolongación de la crisis a una búsqueda de la verdad desprovista de otros valores, inducía a producir una arcádica revaloración de «las grandes cosas del pasado» europeo e hispanoamericano, para dar allí con la idea de belleza.

Entre aquello que pretendía ser recuperado del pasado se hallaba la formación artística e integral del individuo, que universidades europeas habían relegado al priorizar la enseñanza profesionalista y fundamentalmente la especialización del conoci-

miento científico. Lo mismo podía decirse que sucedía en la UNLP que González, positivista de la línea spenceriana, concibió siguiendo el modelo universitario inglés, como una universidad «moderna y experimental» carente de manifestaciones artísticas, las que se hallaban excluidas de la formación de la mayoría de sus integrantes, especialmente del cofundador, Agustín Álvarez. Precisamente su hijo reconocería de él que poseía «una laguna, una zona poco cultivada en su espíritu: la referente al arte general»⁷. La ciencia experimental era para Álvarez el único instrumento que permitiría a través del acceso a la verdad superar las más dogmáticas tradiciones coloniales, como quedó reflejado en la descripción de los males causados por la tradición hispana y el reclamo de la incorporación en nuestro país de modelos basados en la racionalidad y la democracia anglosajona para que los reemplazara, como realizó en *South America* (1894).

Sobre este tipo de universidad que colocaba la verdad del desarrollo científico por encima de la idea de belleza, recayeron cuestionamientos que recogían también las críticas formuladas por José Ortega y Gasset, cuya presencia en nuestro país alcanzó en 1916 las características de un «huracán intelectual» que contribuyó a consolidar un «ambiente humanístico» que terminó de sepultar al positivismo científico. Desde su visión, la catastrófica situación de una Europa devastada por la guerra, era justamente atribuible a la regresión bárbara producida por la enseñanza profesionalista que volvía a los universitarios áridos e incapaces de comprender las demandas de los hombres y del mundo. Ortega y Gasset interpretaba entonces que a través de la cultura general, debía buscarse una estructura «humanista» que unificara y ordenara la totalidad, que debía prevalecer por sobre el tecnicismo⁸. Esta misma preocupación, que ya se había puesto de manifiesto en La Plata a través de la formación de una «universidad integralista», desató en los reformistas una crítica que Ripa Alberdi con sus habituales giros helénicos de los que no podía prescindir, enarboló en su discurso pronunciado en el Congreso de Estudiantes de México, donde proclamó la necesidad de «derrumbar la Universidad profesionalista y levantar sobre sus escombros la Academia ideal de los hombres, donde cualquier Sócrates descalzo, sin más importancia que la de un verbo sabio, pueda volcar en los corazones el agua mansa y melodiosa de su filosofía»⁹.

En esta sintonía se hallaban las acciones de Nazar Anchorena dirigidas a complementar la «educación científica unilateral» que se impartía en las demás universidades del país, para que fuera la UNLP la primera en desarrollar una «sana cultura integral», labrando «un arquetipo de Institución que proporcione a sus alumnos una cultura de veras integral, dando al alma y al cuerpo belleza y perfección»¹⁰.

El Teatro Griego

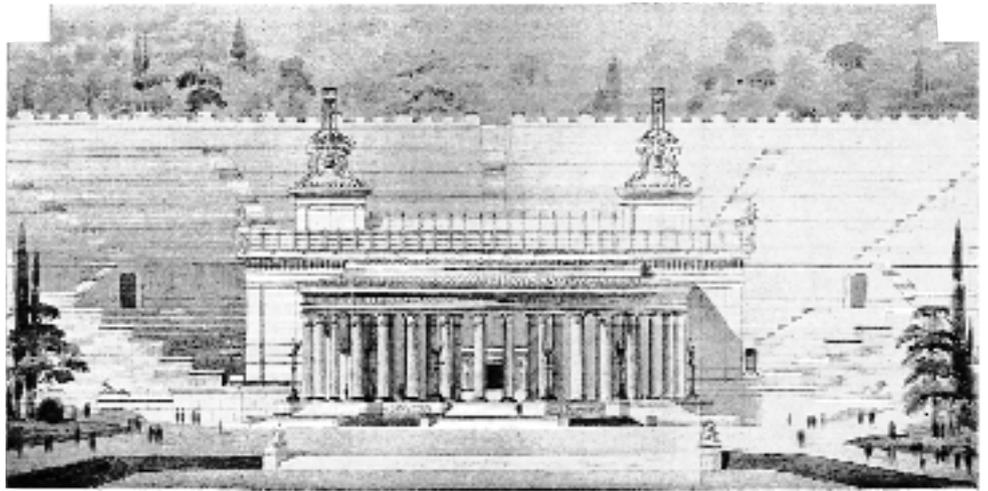
En una analogía con los propósitos formativos dirigidos a los estudiantes y la sociedad toda, Nazar Anchorena puso de manifiesto una particular preocupación por las características de los edificios que debían albergar las nuevas instituciones creadas, en su platónica idea de trasladar a lo real del cuerpo –el edificio– la belleza ideal del alma –la institución. En ese sentido, la arquitectura y también los distintos monumentos promovidos parecían resolver la necesaria materialización de un ideal, como se manifestaba en *Ariel corpóreo*, donde Arrieta desde el título mismo expresaba su deseo de alcanzar ese mítico personaje rodoniano –imposible de retratar por ser «demasiado bello»–, que Nazar Anchorena retomó impulsando la realización de su estatua en la UNLP.

Del más significativo intento de corporizar la belleza ideal de una universidad signada por una impronta platónica, surgió en 1923 el Teatro Griego, consistente en un centro de estudios de arte escénico dedicado a la docencia y la investigación de temas relacionados con la historia y otros aspectos del antiguo teatro helénico. Dirigido por el reconocido helenista Leopoldo Longhi, el Teatro Griego motivó la realización de un importante proyecto con el que se pretendía trascender el estudio académico a través del rol didáctico que asumiría la arquitectura misma: el edificio participaría así del carácter formativo del concepto de belleza, constituyéndose en un punto importante dentro de la idea que se tenía de lo que debía ser la extensión universitaria.

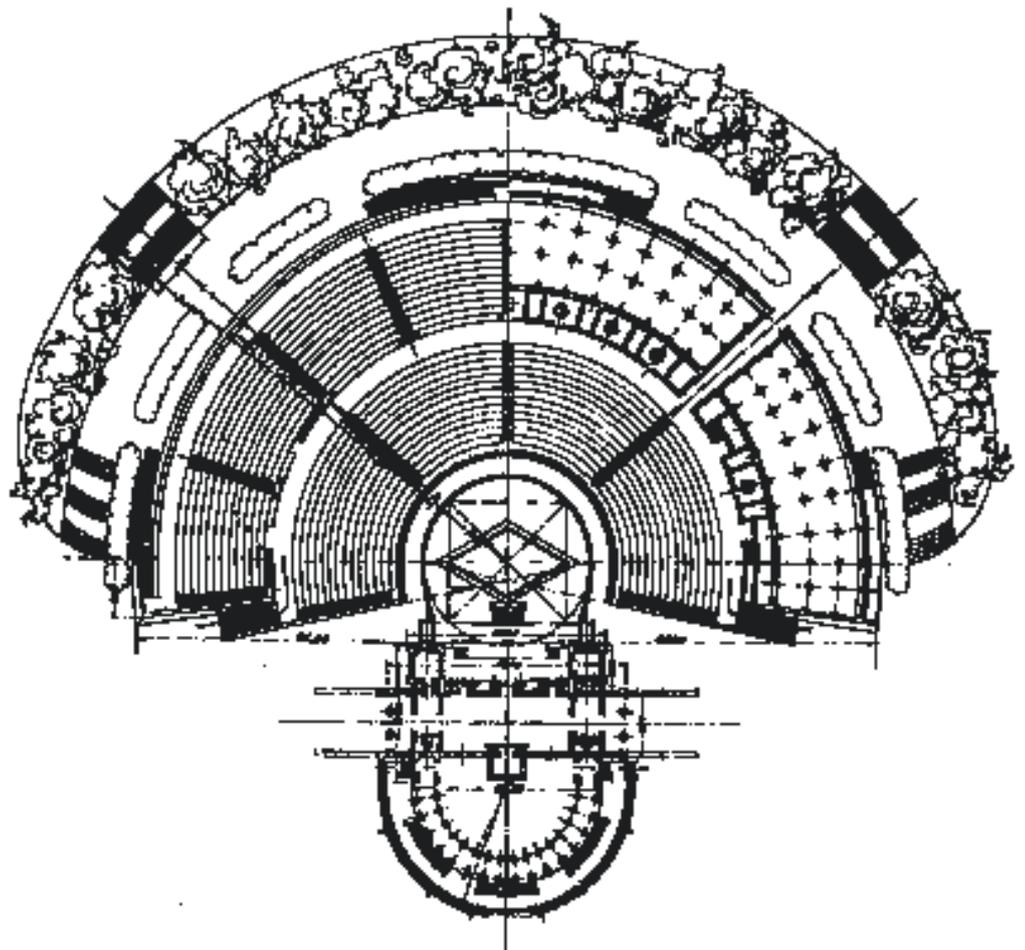
Este nuevo instituto de la UNLP tenía en el Teatro Griego promovido por la Municipalidad de Buenos Aires en 1922 a su más directo antecedente. Para esa iniciativa había sido destinado el predio ubicado en las calles Florencio Sánchez, Estados Unidos, Brasil y Avenida Tristán Achával –Costanera Sur–, y encargado el correspondiente proyecto al Ministerio de Obras Públicas de la Nación, organismo que también realizó la propuesta del Teatro Griego de la UNLP para ser implantado en el Paseo del Bosque de La Plata.

Por su ubicación propuesta en un punto cercano a las Avenidas 60 e Iraola, el Teatro Griego de la UNLP se hallaría en las proximidades de las Facultades de Veterinaria y Agronomía, ejerciendo su rol formativo sobre los institutos más alejados del centro de la ciudad y en los que más evidente se hacía la falta de una cultura general y artística. En efecto, –como recuerda Arrieta– a diferencia de los «mundanos» estudiantes del centro, sus alumnos eran «los salvajes del Bosque» que, al preferir vivir en las inmediaciones de sus distanciadas facultades, parecían emanciparse de la civilización urbana¹¹.

Teatro Griego de la Universidad Nacional de La Plata. Arquitecto Alberto Belgrano Blanco. Vista principal, 1924.



Planta general, 1924.
(Archivo del CEDIAP.)



Por medio del Teatro Griego, se intentaba reproducir el espíritu de la tragedia esquiliana, ajustándose con la mayor fidelidad posible a la tradición escénica heládica de los siglos III-V a.C. El diseño en sí, realizado por Alberto Belgrano Blanco, era considerado como un ejercicio de reconstrucción arqueológica libre: el gran hemicírculo excavado destinado a los espectadores poseía 90 metros de diámetro y, al igual que éste, el espacio para la orquesta inscripto en un círculo de 20 metros fue tomado del teatro de Dionisios en Atenas donde aquel género era representado; en tanto que el escenario, complementado con un pequeño ábside que definía el frente del edificio, reproducía con ciertos aditamentos escultóricos el de Telmesos en Licia¹².

De un interior cargado de alegorías se destacaba junto a «Venus naciente de la concha marina», la figura de Atenea, convertida en un símbolo obligado de las representaciones que en la década del 20 se hacían de la UNLP, como una permanente alusión a la imagen que quedara definitivamente incorporada a su sello mayor. Nazar Anchorena promovió varias iniciativas relacionadas con Atenea, como el «jardín de *Akademos*» consagrado a ella, y «para completar sus símbolos, el altar de la Diosa con los doce olivos sagrados que los circundan, y el templete meseión que Platón agregó, y donde Seusippo colocó las estatuas de las tres gracias»¹³. Esta relación analógica, se manifestaría también en la propuesta de embellecimiento del Bosque de La Plata realizada por Guillermo Ruótolo en 1926, por la cual ese paseo público era dividido en sectores que estaban consagrados a distintas divinidades de la mitología griega, del mismo modo que lo había hecho Platón en la utópica «ciudad de los magnates» descrita en *Las Leyes*¹⁴. Precisamente el sector que correspondía al Museo de Ciencias Naturales estaría consagrado a Atenea, diosa que representaría a la UNLP a través de un monumento que Ruótolo proyectó para ser levantado frente a aquel edificio.

Imbuido de la misma aura platónica que rodeaba a todas estas propuestas enmarcadas en el Bosque, el Teatro Griego cumpliría entonces el papel de señalar el camino hacia la elevación de la cultura de los estudiantes y de la sociedad, guiándolos «hacia la luz del bien» al constituirse en su corporización de la idea de belleza en «el mejor reactivo contra la propagación de géneros inferiores que importan la corrupción definitiva del buen gusto en las esferas sociales sobre todo en las masas populares»¹⁵. El mismo edificio asumía así un papel educador dirigido a influir directamente en el gusto estético no sólo de los «salvajes del Bosque» de Veterinaria y Agronomía y de los estudiantes en general, considerados receptores pasivos de este proyecto de universidad, sino también de las masas populares que –según esta visión– aún en su ignorancia podían ser educadas a partir de su carácter didáctico. De esta manera, a través del Teatro Griego, una

elite convencida de su superioridad por detentar el saber universitario, pretendía contribuir a la transformación de la sociedad por medio de la belleza, educando, en su rol formativo, aún a aquellos que no tenían acceso a ningún tipo de conocimiento académico.

Además de los propósitos didácticos que tenía el edificio en sí, también eran importantes otras ideas atribuidas al espectáculo mismo. En este sentido, la representación teatral venía a reafirmar los argumentos idealistas, colocando la belleza de la idea representada por encima de la realidad, a partir de los cuales era rechazado el «realismo ingenuo» del pensamiento positivista, concentrado en el reconocimiento tan solo de lo verdadero. Desde esta perspectiva, también los reformistas en su cruzada antipositivista asignaron una gran importancia a la representación teatral, al punto que en el fragor de las luchas por la modificación de los estatutos, crearon en 1919 una *troupe* convertida en 1922 en el grupo Renovación que desde 1924 editó la mencionada revista *Valoraciones*.

Los reformistas también hallaron en el ideal de belleza perseguido a través del teatro una forma de llevar sus iluministas acciones fuera de las aulas, hacia todo el cuerpo social, para evitar que el movimiento iniciado en 1918 dentro de los claustros muriera por asfixia. El teatro era para los reformistas «el medio insuperable de educación colectiva», el instrumento con el que la función docente podía alcanzar su máxima eficacia. Encauzaba pasiones, cultivaba los sentimientos, moderaba y dirigía las costumbres, y servía de síntesis de las bellas artes: al tener como fin la representación de la existencia en sus aspectos más culminantes, todas las formas artísticas podían encontrar allí su aplicación posible. En definitiva, era para ellos un instrumento eficaz «para edificar un pueblo y forjar una civilización»¹⁶, por lo que a pesar de sus grandes distanciamientos políticos con Nazar Anchorena, coincidían con éste en considerar que a través de ese medio se podría realizar «la depuración del gusto estético»¹⁷.

El Teatro Griego se mantuvo activo hasta 1928, ofreciendo en el Teatro Colón de Buenos Aires ciclos de representaciones basadas en tragedias griegas traducidas por Longhi, mientras el grupo Renovación continuó montando obras de Bernard Shaw en el Colegio Nacional, en el Teatro Argentino, y con mayor frecuencia en los altos del Politeama Olimpo –hoy Coliseo Podestá. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Nazar Anchorena, el Teatro Griego proyectado en 1924 no llegó a materializarse por razones presupuestarias, como tampoco prosperarían por efecto de autoritarias decisiones de un poder público al que le resultaron particularmente irritantes, las sucesivas iniciativas de los jóvenes reformistas, primero perseguidos por el gobernador Fresco y luego por el régimen peronista.

La Escuela Superior de Bellas Artes y la idea de «cultura propia»

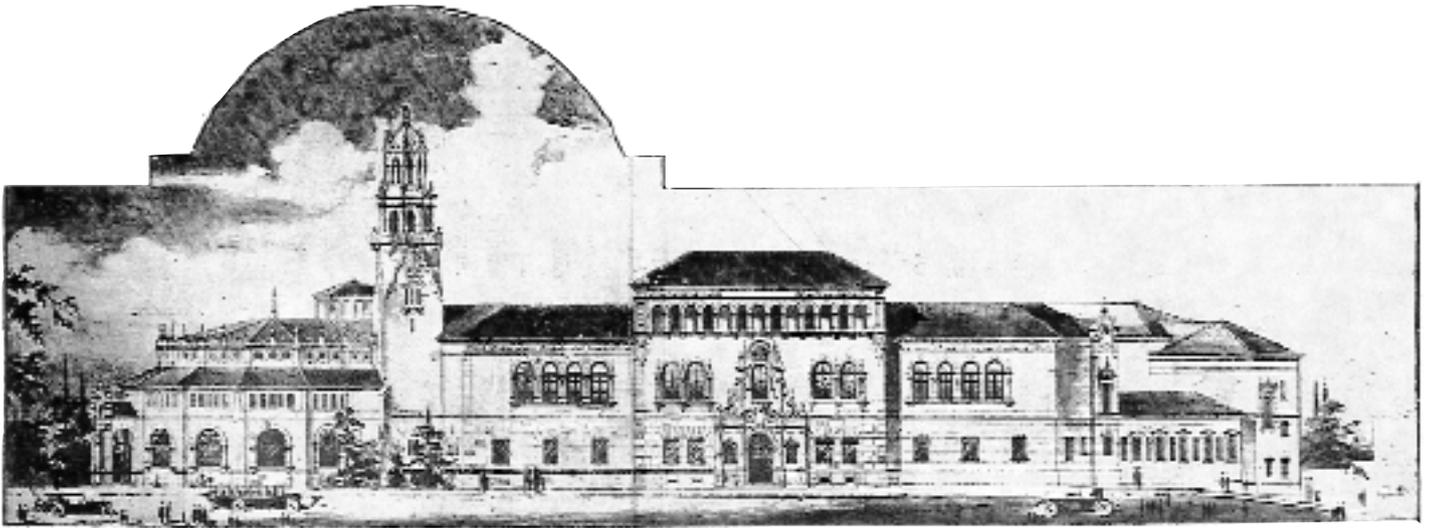
Además del Teatro Griego, la preocupación estética de Nazar Anchorena lo indujo a crear otras importantes instituciones. A poco de iniciada su gestión, fueron implementados los cursos de Cultura Artística en 1922 para complementar «la cultura casi exclusivamente científica» comprendida hasta entonces en los planes de estudio de la UNLP. Más tarde, en 1923, por iniciativa de la UNLP fue creado el Congreso Universitario Anual, ámbito que reunió a organismos de enseñanza superior para la discusión de temas de repercusión nacional, y desde donde Nazar Anchorena pudo difundir su proyecto idealista. En el tercero de estos encuentros propuso establecer cursos de cultura artística en todas las escuelas del país, del mismo modo que ya lo había hecho en la UNLP, revirtiendo la preponderancia de su anterior tendencia a realizar investigaciones científicas en sus gabinetes y laboratorios, que proporcionaba a los estudiantes «una enseñanza práctica, experimental»¹⁸. A través de los cursos de cultura artística pretendía entonces desterrar eso que era «la cultura de los sabios con anteojeras (...) para quienes no existe más mundo que el encerrado en su propia vitrina; y que, consagrados exclusivamente al estudio de su especialidad, (...) permanecen impermeables a las sugerencias de la vida e insensibles a toda emoción de belleza. Tal como una bestia de carga, a la que no emociona ni modifica su rítmico andar tardo la imagen alada del poeta ni la belleza maravillosa de un crepúsculo»¹⁹.

Estas ideas se vieron condensadas también en otra importante creación de Nazar Anchorena, como fue la Escuela Superior de Bellas Artes (ESBA), nacida en 1924 y constituida en un instituto precursor de la enseñanza artística dentro de las universidades nacionales que dio origen también al Salón Universitario Anual con el que la UNLP en 1926 organizó un «crucero artístico» montando exposiciones en Madrid, París, Venecia y Roma. Con la ESBA de La Plata, se buscaba introducir en la universidad muchos aspectos de la que en 1921 creara Ernesto de la Cárcova en Capital Federal, funcionando primero en el Jardín Botánico, después en el Parque Lezama y finalmente desde 1923 en un pabellón en desuso de lo que había sido el antiguo Lazareto ubicado en calle Brasil y Florencio Sánchez. Integrando una especie de «enclave de las bellas artes», este instituto se hallaba a metros de donde fue proyectado el citado Teatro Griego de Buenos Aires y próximo también a la «fuente de las Nereidas» de Lola Mora, trasladada a avenida Achával por una sugerencia formulada por el francés Forestier mientras realizaba el proyecto de urbanización de la Costanera Sur.

Como aquel enclave artístico de Capital Federal, la ESBA de la UNLP contaba con un amplio conjunto de disciplinas estéticas

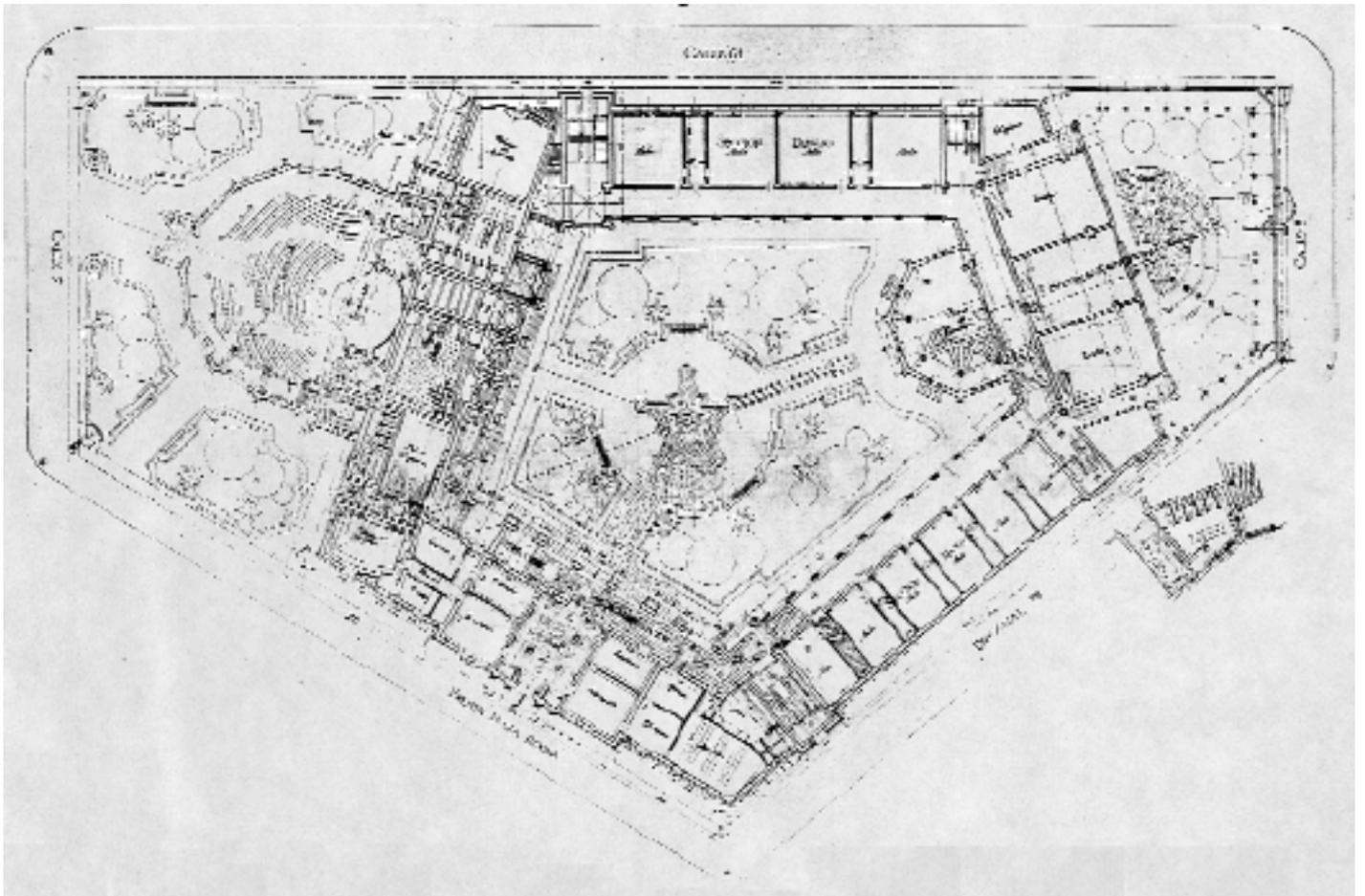
que complementaban la originaria Escuela de Dibujo: dirigida por el profesor de música López Buchardo, tenía en Leopoldo Lugones a su más destacada figura en el campo de las letras. Lugones formaba parte de la UNLP desde 1915, cuando le fuera asignada la nueva Cátedra de Estética en una concesión hecha al idealismo cuando, ya sin su anglófilo compañero Agustín Álvarez, Joaquín V. González presentó al nuevo profesor anunciando que desde ese momento la estética de la UNLP pasaría a ser la estética de Lugones. Esa estética de Lugones preocupada por las manifestaciones de la belleza grecolatina –como el Palacio Ducal de Venecia, objeto de análisis en clases de 1915 y 1916–, y que como esperaba González y luego del fuerte impulso de Nazar Anchorena, en buena medida habría de convertirse efectivamente en la de la UNLP, articulaba ideales clásicos e hispanoamericanistas en directa sintonía con los postulados del *Ariel* de Rodó. En el mismo acto de inauguración de la ESBA, Lugones hacía la arielista distinción entre «dos clases de gente: la que conforma su conducta sobre el criterio de la belleza (el arte) y la que lo hace sobre el de verdad (la ciencia)». «La civilización grecolatina, la nuestra, está fundada en la belleza» y a diferencia de la anglosajona, fundada en la verdad, es «la mejor sin duda; y por su finalidad dichosa la única que tal vez merece este nombre»²⁰. Profundizando esa diferenciación racial asociada a la idea de belleza y verdad, o bien de arte y ciencia, Lugones buscaba a instaurar lo que Foucault llamó el «racismo biológico-social», por medio del cual pretendía que «nuestras instituciones» repelieran a otras razas ya infiltradas o que pudieran llegar a infiltrarse en ellas. Es decir que en el fondo, el pensamiento de Lugones representaba el claro intento de redefinir el fin de la universidad, el que ya no era sólo crear ciencia y formar cuadros profesionales y dirigentes, sino principalmente defender la raza, para lo cual debía brindarse una enseñanza fundada en la belleza de «nuestro» arte.

El directo antecedente de la implementación de estos propósitos en la educación superior, se hallaba en la Universidad de Tucumán, provincia de la que precisamente Nazar Anchorena fue interventor en 1921 siguiendo de cerca la actividad de Juan B. Terán, fundador de esa universidad en 1914 y por entonces nuevamente rector. A partir de la creación de aquella institución tucumana, Ricardo Rojas ocupó la cátedra de extensión universitaria, buscando desde allí dar forma a un nuevo tipo de universidad. Para Rojas era Córdoba la «universidad-convento», Buenos Aires la «universidad-bufete» y La Plata la «universidad-laboratorio». Frente a este panorama que presentaban estas tres universidades nacionales, la de Tucumán buscaba diferenciarse y a su vez influir sobre lo que aquellas representaban, esto es «sobre el dogmatismo autoritario» de la primera, sobre la «vanidad intelectual» de la segunda y sobre el «experimentalismo pedante» de la última, «al formar por



Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata. Arquitecto Alberto Belgrano Blanco. Vista desde Plaza Rocha, 1925.

Planta Baja, 1925.



la libertad, el desinterés y la intuición una verdadera cultura nacional»²¹. Lejos de la metrópolis devoradora de tradiciones locales, Rojas ya estaba definiendo el nuevo rol que debía asumir la universidad para ser preservada, a través de la enseñanza del arte autóctono, de las que consideraba como desintegradoras influencias que las ideas cosmopolitas ejercían sobre la «cultura nacional».

Similares propósitos llevaban a Angel Guido a requerir, en el primer Congreso Universitario Anual, que en todas las universidades del país se definiera un «único punto de vista» estético –el nuestro, el de *Ariel*– de raíces americanistas pre y poscolombinas, como respuesta a la «invasión» de «una estética heterogénea» –la de los otros, la de Calibán– para que operara como tamiz de recepción²². Alimentando este discurso, Emilio Wagner ya había iniciado las investigaciones –alentadas entre otros por Juan B. Terán y la Universidad de Tucumán–, que le permitieron dar con la «civilización chaco-santiagueña» y sus vinculaciones con el arte diaguito-calchaquí, a través de trabajos de arqueología comparada que fueron especialmente seguidos por arquitectos como Héctor Greslebin.

Adhiriéndose a esa búsqueda de una estética de lo «nuestro», *Sagitario* en 1927 elogió una escuela proyectada por Gelly Cantilo precisamente en «arquitectura diaguito-calchaquí», a través de un artículo realizado por Julio V. González debido a la «feliz coincidencia» de que el edificio llevara el nombre de su padre –Joaquín V. González– y «respondiera a la búsqueda de un estilo autóctono»²³, como el dirigente reformista propiciaba desde una revista que por sobre todas las cosas pretendía «provocar la emancipación de la cultura latino-americana»²⁴. González (hijo) ponderaba el estilo utilizado en el proyecto por ser «genuinamente nuestro», a diferencia del «absurdo estilo gótico que nos han metido con la manía de lo extranjero, desde ese monumento de aberración y anacronismo que es el edificio de la Facultad de Derecho»²⁵.

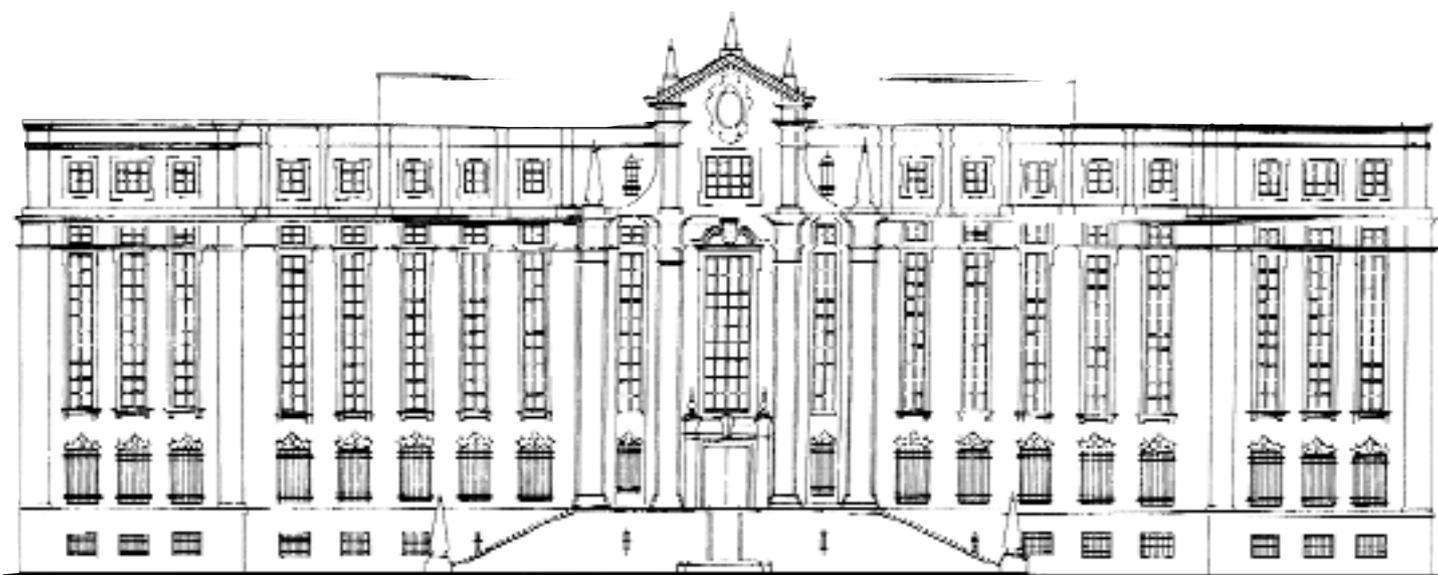
Ese único punto de vista estético –el «nuestro»– propugnado por Guido y por Julio V. González, tuvo también fuertes puntos de contactos con el pensamiento de Martín Noel, quien ya en el primer ciclo de Cursos de Cultura Artística de 1922, había dado a conocer en la UNLP su particular enfoque basado en reconstrucciones arqueológicas de la arquitectura hispanoamericana. Esta inserción de Noel en el ámbito universitario, continuó con la realización en 1924 del proyecto del edificio para la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires, por encargo de su Decano, Ricardo Rojas, quien sucedió al filósofo platense Alejandro Korn, ratificando el propósito de realizar en ella «el ideal de una Escuela Humanista» para que «fuera un lugar donde se redimiese el excluyente profesionalismo» que caracterizaba a las demás facultades de la Universidad de Buenos Aires²⁶.

Al iniciar su gestión en 1924, Rojas anticipó su intención de convertir a la FFyL en «una casa de tradición y patriotismo», idea que esperaba ver representada también en las características físicas de su edificio. Bajo esta consigna, Noel apeló a imágenes de universidades de la América colonial para resolver una fachada que debía remitir por sobre todas las cosas a un pasado hispano. Pero esta decisión proyectual se vio un tanto diluida por la complejidad del programa y su implantación urbana, que trasladaban al proyecto el recurrente problema que se planteaba al abordarse la escala metropolitana a través del estilo «neocolonial»: la decoración y los estilemas «hispanos» no podían abarcar más que algunos sectores de un monumental edificio de ocho niveles que en su mayor parte exhibía la racionalidad de una despojada envolvente, que coexistía con aquéllos dentro de una composición híbrida. En ese sentido, en el proyecto de Noel se reflejaba la crisis en que a menudo entraba el sistema «neocolonial» cuando abandonaba las zonas suburbanas y sus sencillos programas de desarrollo horizontal, donde resultaba adecuado, para dirigirse al «tránsito metropolitano» del centro de la ciudad resolviendo allí obras de mayor envergadura²⁷.

El espíritu hispanoamericano que debía irradiar del edificio de la FFyL, no contradecía el clasicismo simultáneamente impulsado por Rojas, sino que, por el contrario y *Ariel* mediante, era presentado como su mejor complemento: la neocolonial FFyL proyectada por Noel, sería «la Acrópolis de Buenos Aires», en una articulación de ideas que no podía ocultar la influencia de la famosa obra de Rodó y que sería luego largamente tematizada por Alejandro Bustillo en su intención de crear un «estilo clásico nacional argentino», cuyo paradigma era la sobriedad griega del Partenón vista en clave pampeana como «un rancho monumental y exquisito»²⁸.

Tanto en la necesidad de impulsar un edificio que recordara un pasado hispano, como en el destino que finalmente tuvo, la propuesta de Noel para la FFyL se vio estrechamente relacionada con la realizada para albergar a la ESBA de la UNLP. Este proyecto que, como quería Henríquez Ureña, buscaba rescatar en sus características «la solidez y el decoro de la arquitectura española», fue realizado también por Belgrano Blanco, después de su propuesta para el Teatro Griego que con tanto agrado fuera recibida por las autoridades de la UNLP.

Sin las dificultades con las que debió vérselas Noel en el proyecto de la FFyL, la escala de la ESBA y su ubicación en una manzana irregular frente a la no muy céntrica Plaza Rocha –calles 7, 8, 61 y diagonal 78– permitieron a Belgrano Blanco conformar en un edificio de tres niveles un más ajustado ejemplo de arquitectura «neocolonial». Concebido como un ejercicio proyectual pensado con total autonomía de las condicionantes



Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Arquitecto Martín Noel. Vista principal, 1924. (Dibujo de Fernando Bellocchio.)

urbanas, aún resignando la obtención de un mayor rendimiento, su trazado académico definía un pentágono alargado, retirado de los bordes que daban a las calles 7 y 8 –pero no de Plaza Rocha, diagonal 78 y calle 61– en un criterio de ocupación que contrastaba con el previsto en la fundación de La Plata, tanto para sus edificios públicos –monumentos retirados de la línea municipal y rodeados de jardines– como para la arquitectura doméstica –edificios sucedidos sin solución de continuidad sobre línea municipal. En su fuerte simetría axial, estricta modulación y espacios *poché*, se ponían de manifiesto las posibilidades que un sistema académico de proyectación ofrecía para dar respuestas a diversos requerimientos lingüísticos que sin demasiados trastornos le permitían a Belgrano Blanco pasar del «neogriego» al «neocolonial». En ese sentido, la personalidad del sistema «neocolonial» no puede ser reconocida en una planta que no ve alterar la racionalidad clásica por sus particularidades, resumiéndose la creatividad de esta operación al montaje superficial de un recargado escenario hispano, en toda una manzana de una ciudad que no conocería muchas más intervenciones puntuales en ese estilo que las esquinas céntricas anteriormente citadas (7 y 51, 6 y 53, 6 y 54, y 10 y 51).

Al igual que lo hizo el 9 de junio de 1924 en el predio donde iba a erigirse el edificio ideado por Noel para la FFyL –para Rojas «la Acrópolis de Buenos Aires»–, Marcelo T. de Alvear colocó la

pedra fundamental de la ESBA, en un acto público celebrado el día 19 de noviembre de 1926 cuando se cumplía el trigésimo cuarto aniversario de la fundación de La Plata, y donde Nazar Anchorena aprovechó la oportunidad para insistir en el carácter «integralista» de su universidad manifestando que en ella no se satisfacía «el empeño idealista con inquirir la parcela de verdad que delimita la especialidad de sus estudios y enseñanzas (puesto que), la universidad estrictamente científica despreocupada del arte y de la belleza no es universidad»²⁹.

Epílogo de la idea de belleza en la universidad

Nazar Anchorena terminó su segundo mandato en 1927, sucediéndole en la presidencia de la UNLP Ramón Loyarte. A pesar de proceder de las «ciencias duras», Loyarte propugnó dar continuidad a la orientación idealista impresa por su antecesor, exhibiendo un particular interés por la cultura general y artística que le valió ser llamado «el físico esteta». Esta actitud le permitió insertarse en los más destacados ámbitos culturales del momento, participando en el comité formado por Instituto Cultural argentino-norteamericano para agasajar a Waldo Frank, quien llegó a nuestro país para dictar conferencias en septiembre de 1929,

despertando –a pesar de su nacionalidad– un vivo interés en los círculos impulsores del idealismo filosófico local. Inmerso en este ambiente junto a otros profesores de la UNLP, Loyarte no sólo consiguió que Frank agregara a sus actividades una conferencia en La Plata, sino que además logró que hiciera lo propio un arquitecto y urbanista francés que simultáneamente a aquel había llegado con el mismo fin a Buenos Aires: se trataba de Le Corbusier quien dentro de este favorable clima «humanístico» que reinaba en una universidad «cultora de lo bello», pudo dar a conocer sus ideas en el salón de actos de su Colegio Nacional.

El abrupto final de esta universidad mitificadora de la idea de belleza lo marcó la asonada militar del 6 de septiembre de 1930. Tras este acontecimiento fueron intervenidas las universidades nacionales bajo la consigna de que las casas de estudio pasaran a ser «establecimientos destinados exclusivamente al cultivo de las disciplinas científicas», eliminando las «doctrinas filosóficas, ya sean el materialismo histórico, el romanticismo roussoniano o el comunismo ruso». La articulación idealista de la filosofía y el arte a partir de propósitos estéticos dirigidos a transformar la sociedad, dejaba paso así a un modernismo cientificista de carácter reaccionario, que era impulsado desde el gobierno nacional con el fin explícito de exacerbar la formación individualista en la universidad.

Notas

1. Este trabajo reúne parte del material contenido en uno de los capítulos del informe final del proyecto de investigación «Historia edilicia y proceso de configuración de la Universidad Nacional de La Plata», dirigido por el arquitecto Fernando Gandolfi dentro de la Unidad de Investigación N° 7 del IDEHAB, FAU, UNLP.
2. Noel Sbarra, «La Plata tuvo una Universidad al aire libre», *Universidad nueva y ámbitos culturales platenses*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación UNLP, La Plata, 1963, p. 314.
3. Héctor Ripa Alberdi, «Por la unión moral de América», *Valoraciones*, N° II, Editorial Renovación, La Plata, 1924, p. 113.
4. Juan José Arévalo, *La Argentina que yo viví*, B. Costa-Amic Editor, México, 1974, p. 117.
5. Juan José Arévalo, op. cit., p. 147.
6. Pedro Henríquez Ureña, «Poeta y luchador», *Valoraciones*, N° II, op. cit., pp. 95-96.
7. «Nunca le vi dibujar o hacer algún pequeño croquis para ahorrar tiempo a una descripción o una explicación. Las artes plásticas no tenían gran atracción para él. Carecía totalmente de oído musical: jamás recuerdo haberle oído cantar o silbar algo (...). No creo que la poesía despertara en él gran emoción, ni sé que jamás escribiera dos líneas en verso. Sólo concebía al teatro como motivo de solaz o distracción, como medida de higiene mental». Agustín Alvarez (hijo), «Agustín Alvarez. Mi padre», *Revista de la Universidad*, N° 1, UNLP, La Plata, 1957, pp. 139-40.
8. Claudio Bonvecchio, *El mito de la Universidad*, Siglo XXI, México, 1991, p. 59.
9. Héctor Ripa Alberdi, op. cit., p. 115.
10. Fragmento del discurso pronunciado por Nazar Anchorena en el acto de colación de grados del día 7 de julio de 1923, *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, tomo VII, op. cit., 1924, p. 178.
11. Rafael Arrieta, *La ciudad del bosque*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación UNLP, La Plata, 1935, p. 70.
12. Benito Nazar Anchorena, *La Universidad Nacional de La Plata en 1926*, Editorial Peuser, Buenos Aires, 1927, p. 172.
13. Fragmento del discurso pronunciado por Nazar Anchorena en el acto de apertura de los cursos de 1925, *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, tomo IX, op. cit., 1926, p. 27.
14. Fernando Gandolfi, «Ruótolo, Guillermo», en Jorge Liernur y Fernando Aliata, *Diccionario Histórico de Arquitectura, Hábitat y Urbanismo en la Argentina*, en publicación.
15. Benito Nazar Anchorena, op. cit., pp. 173-74.
16. Alfredo Palacios, «El Teatro Universitario en La Plata», *Libertad creadora*, N° 2, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1943, p. 294.
17. *Ibidem*.
18. Benito Nazar Anchorena, op. cit., p. 459.
19. *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, tomo IX, op. cit., 1926, p. 392.
20. Fragmento del discurso pronunciado por Lugones el día 5 de junio de 1924 en el acto de inauguración de la Escuela Superior de Bellas Artes. *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, tomo VIII, op. cit., 1925, p. 159.
21. Ricardo Rojas, *La Universidad de Tucumán*, Librería Argentina de Enrique García, Buenos Aires, 1915, p. 93.
22. Fragmento de la exposición de Guido en el segundo Congreso Universitario Anual, *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, tomo VII, op. cit., 1924, p. 381.
23. Julio V. González, «Arquitectura diaguito-calchaquí», *Sagitario*, N° 9, La Plata, 1927, p. 341.
24. *Ibidem*.
25. El edificio de la Facultad de Derecho al que se refería González lo ocupa actualmente la Facultad de Ingeniería de la UBA.
26. Patricia Funes, «La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Orígenes y consolidación institucional». Ponencia presentada en las Jornadas *La Universidad como objeto de investigación*, organizadas por la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, septiembre de 1995.
27. Jorge Liernur, «Neocolonial», en Jorge Liernur y Fernando Aliata, *Diccionario Histórico de Arquitectura, Hábitat y Urbanismo en la Argentina*, en publicación.
28. Jorge Ramos, «Bustillo, Alejandro», en Jorge Liernur y Fernando Aliata, *Diccionario Histórico de Arquitectura, Hábitat y Urbanismo en la Argentina*, en publicación.
29. *El Día*, La Plata, 20 de noviembre de 1926.

Universidad Torcuato Di Tella

Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea

Actividades 1997

Muestras

La obra del estudio Richter et
Dahl Rocha (Suiza)

Fundación PROA.

Realizada del 15 de marzo al 30 de abril
de 1997.

La obra de Sesostres Vitullo en la
Universidad Torcuato Di Tella

Fundación PROA.

Realizada del 15 de marzo al 30 de abril
de 1997.

La obra de Lebbeus Wood (USA)

Fundación PROA.

Noviembre de 1997.

El espacio invisible

Exposición de los trabajos premiados en
el concurso «El espacio invisible» y de los
proyectos producidos en el marco del
ciclo «Repensar la Casa».

Casa Curuchet, La Plata. Setiembre
de 1997.

La obra de John Hejduk (USA)

Exposición de la pieza realizada en el
marco del «Proyecto Hejduk».

Fundación PROA. Diciembre de 1997.

La obra reciente de Rafael Viñoly
(USA/Argentina)

Fundación PROA.

Marzo de 1998.

Ciclos

Ciclo 1: Repensar la casa

Seminarios

El diseño y la provisión de alojamiento
en los Estados Unidos desde 1870 hasta
nuestros días

Prof. Peter Rowe (USA).

UTDT. Del 4 al 8 de agosto de 1997.

La habitación en Francia: distribución,
dispositivos y modos de vida

Prof. Monique Eleb (Francia).

UTDT. Del 11 al 15 de agosto de 1997.

La casa moderna en la Argentina

Profs. Anahi Ballent (Argentina), Jorge
Liernur (Argentina) y Ana María Rigotti
(Argentina).

UTDT. Del 28 de agosto al 2 de setiembre
de 1997.

Subciclo: El espacio invisible,
representaciones de la intimidad
doméstica contemporánea

Evento 1: Convocatoria a cuatro jóvenes
arquitectos, para producir propuestas
innovadoras de vivienda individual en dis-
tintos contextos urbanos.

Agosto de 1997.

Evento 2: Concurso para estudiantes
El espacio invisible, sobre los mismos pa-
rámetros que el evento anterior.

Agosto de 1997.

Evento 3: Seminario de debate de las dis-
tintas propuestas.

Setiembre de 1997.

Evento 4: Muestra de los trabajos.
A realizarse en la casa Curuchet de
La Plata.

Setiembre de 1997.

Ciclo 2: La ciudad contemporánea: Berlín

En colaboración con el Instituto Goethe
de Argentina.

Seminario prof. Kohlbrenner
(Alemania)

UTDT. Octubre de 1997.

Taller de intervención urbana
arq. Matthias Sauerbruch (Alemania)

UTDT. Octubre de 1997.

Seminarios y Conferencias

Ciclo de conferencias: Arte y
Arquitectura

Fundación PROA.

Realizado en marzo y abril de 1997.

Conferencia: *La obra del estudio Richter
et Dahl Rocha*.

Arq. Ignacio Dahl Rocha (Suiza).

Conferencia: *La arquitectura contem-
poránea en Suiza*.

Prof. Jacques Gubler (Suiza).

Conferencia: *Monumentos y espacio público en Buenos Aires*.
Prof. Adrián Gorelik (Argentina).

Conferencia: *Arquitectura y representación en el primer gobierno peronista*.
Prof. Anahi Ballent.

Seminario Partido vs. Configuración
Prof. Jacques Gubler.
UTDT. Marzo de 1997.

Seminario: Belleza y Arquitectura
Profs. (Argentina): Noemí Adaggio, Fernando Aliata, Anahi Ballent, Fernando Caccopardo, Alejandro Crispiani, Silvia Dócola, Eduardo Gentile, Adrián Gorelik, Jorge Liernur, Silvia Pampinella, Ana María Rigotti, Javier Saez, Claudia Shmidt, Graciela Silvestri, Gustavo Vallejo, Graciela Zuppa.
UTDT. Abril de 1997.

Simposio Nuevos Museos
Ponentes invitados: arq. Giuseppe Caruso (Italia), arq. Pablo Beitía (Argentina), arq. Claudio Vekstein (Argentina), arq. Paulo Mendes da Rocha (Brasil).
4, 5 y 11 de julio de 1997.

Conferencia: La tradición Beaux-Arts en la arquitectura francesa contemporánea
Prof. Jean Louis Cohen (Francia).
UTDT. 14 de agosto de 1997.

Seminario: Para una historia del espacio público en Buenos Aires
Prof. Adrián Gorelik.
UTDT. Octubre de 1997.

Seminario: La ciudad desde el cine
Prof. Rafael Filippelli (Argentina).
UTDT. Noviembre de 1997.

Seminario de economía urbana
Con profesores invitados de Estados Unidos e Italia.

Talleres

Taller de arquitectura Ignacio Dahl Rocha
UTDT. Marzo y abril de 1997.

Taller de crítica de proyectos Clorindo Testa (Argentina) y Jorge F. Liernur
UTDT. Mayo de 1997.

Proyecto John Hejduk
Desarrollo del proyecto y construcción de una de las arquitecturas experimentales de John Hejduk.
UTDT. De junio a diciembre de 1997.

Taller de experimentación proyectual Claudio Vekstein
UTDT. Junio y julio de 1997.

Taller de arquitectura Giuseppe Caruso
UTDT. Julio y setiembre de 1997.

Taller de experimentación proyectual Gerardo Caballero (Argentina)
UTDT. Setiembre de 1997.

Taller de arquitectura Rafael Viñoly
UTDT. Octubre de 1997.

Taller de experimentación proyectual Pablo Beitía
UTDT. Octubre de 1997.

Taller de crítica de proyectos Justo Solsona (Argentina)
UTDT. Noviembre de 1997.

Publicaciones

Catálogo exposición estudio Richter et Dahl Rocha
UTDT/Fundación PROA.
Marzo de 1997.

Publicación del proyecto Hejduk
En colaboración con la Cooper Union School of Arts of New York.

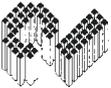
Próximo número: **Naturaleza**.

Block recibe colaboraciones que serán evaluadas por lectores externos.

**El Centro de Estudios de Arquitectura Contemporánea
es patrocinado por las siguientes empresas:**



Alcoa Alusud SAIC



Constructora Iberoamericana SA



La República Seguros SA



Moravec Rocella SA Exxal



Tecno Sudamericana SA

Agradecemos la colaboración de:

Fondo Nacional de las Artes

Obras Civiles SA

Interieur Forma SA

Siderca SA

Cantidad de ejemplares: 1000
Tipografía: Garamond Stempel y Futura
Interior: papel Ore plus de 120 g
Tapas: cartulina ecológica de 250 g

Composición y películas: NF Producciones gráficas
Impresión: Sacerdoti SA Talleres gráficos

Registro de la propiedad intelectual en trámite
Hecho el depósito que marca la ley n° 11.723

Precio del ejemplar: \$ 25

